



Comentario [LT1]:

La Amistad Castigada

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- **El REY Dionisio, galán**
- **FILIPO, galán**
- **RICARDO, galán**
- **POLICIANO, galán**
- **DIÓN, viejo grave**
- **DIANA, hermana de RICARDO**
- **ELISA, criada de Diana**
- **AURORA, dama, sobrina del rey e hija de Dión**
- **CAMILA, criada de Aurora**
- **TURPÍN, criado de Dión**
- **Un CRIADO**
- **CABALLEROS**

ACTO PRIMERO

Salen el REY y FILIPO

REY: Filipo, no hay mal que iguale
al que padeciendo estoy;
perdido, Filipo, soy,
si tu ingenio no me vale.

FILIPO: Gran Dionisio, rey segundo
de este nombre, que has podido
ser, por amado y temido,
arbitrio solo del mundo;
dime tu pena, señor,
y si con la industria mía
puede remediarse, fía
de mi lealtad y mi amor.

REY: ¿Ha dado luz a tus ojos
mi sobrina Aurora, hija
de Dión?

FILIPO: Fue tan prolija
la ausencia a que los enojos
me desterraron de Egisto,
que con tu padre privó,
que jamás lo permitió.

REY: Bien se ve que no la has visto,
pues ignoras la ocasión
de tormento tan esquivo.
Por ella y su padre vivo
en la mayor confusión
que contrarios pensamientos
dieron a un pecho jamás.

FILIPO: ¿Cómo?

REY: Oye atento y sabrás
mis dudas y mis tormentos.

Este reino de Sicilia
es, como sabes, sujeto
a injustas conspiraciones
y alevosos movimientos.
Bien lo muestran las historias,
pues en los pasados tiempos
y presentes violentaron
tantos tiranos el cetro;
fuera de que tengo indicios
de que ya traidores pechos
secretamente conspiran

a privarme del imperio.
Dión es, cuñado mío,
tan poderoso, que debo
a su valor y prudencia
la corona que poseo,
y me la puede quitar;
pues llegado a rompimiento,
a la parte a que él se incline
la vitoria le prometo.
Es leal, mas si intentando
gozar a Aurora, le ofendo,
de su enojo y su venganza
mi cierta ruina temo.
Pues dejarlo de intentar
no es posible cuando muero,
aunque por ella aventure
cuanto valgo y cuanto puedo.
Fuera Aurora esposa mía
si fuese posible hacerlo;
pero tengo ya en Cartago
tratado mi casamiento,
en conformidad, Filipo,
de aquel forzoso concierto
que dio principio y firmeza
a las paces de ambos reinos.
Éstas, caro amigo, son
las olas en que me anego;
las confusiones son éstas
en que dudoso padezco.
De tu ingenio y amor fío.
Sólo tu amor y tu ingenio
de tan ciega tempestad
me pueden sacar al puerto.

FILIPO: Un engaño se me ofrece,
que es importante remedio
como a tu amor, al temor
que los traidores te han puesto;
y aunque no son los engaños
dignos de reales pechos,
en la guerra y el amor
es permitido usar de ellos.

REY: Di; que no importa romper
los más forzosos respetos;
que más importa mi vida.

FILIPO: Oye, pues, mi pensamiento.

***Hablan bajo. Salen DIÓN y POLICIANO, por
otra parte***

DIÓN: Policiano, no podía,

según vuestras partes son,
la suerte en esta ocasión
colmar la ventura mía
mejor, que dando la mano vos
a mi Aurora, de quien
he estimado que también
reconozca lo que gano.
Sólo falta que le pida
a su majestad licencia.

POLICIANO: Quien goza por su prudencia
privanza tan merecida,
noble Dión, como vos,
claro está que alcanzará
cuanto pretenda.

DIÓN: Aquí está
el Rey. Policiano, a Dios;
que a solas hablarle quiero.

POLICIANO: Como aguarda la sentencia
el preso, yo la licencia
en que está mi vida, espero.
(Perdona mi desvarío, **Aparte**
Diana; que el ofenderte
es violencia de la suerte,
no elección de mi albedrío.)

*Vase POLICIANO. El REY y FILIPO están
hablando aparte sin reparar en DIÓN*

FILIPO: Y cuando después Dión,
como puede suceder,
acaso venga a saber
que le tienes afición
a Aurora, dirás que ha sido
invención y fingimiento;
que pues importa al intento
que le juzguen ofendido
de ti, la traza mejor
que hallaste de acreditar
que le ofendes, fue mostrar
que con ilícito amor
solicitas la beldad
de tu sobrina, por ser
lo mas fácil de creer
de su hermosura y tu edad.

REY: De tu agudo entendimiento
es la traza.

FILIPO: Amor me guía.

REY: Él viene.

FILIPO: De mi confía
la ejecución de tu intento.

REY: Comienza, pues; que yo agora
principio al engaño doy
con Dión.

FILIPO: Al punto voy
a hablar de tu parte a Aurora.

REY: (Perdona, Dión amigo, **Aparte**
a mi obligación mi error;
que estando loco de amor,
no hablan las leyes conmigo.)

Vase FILIPO

DIÓN: Dame, gran señor, los pies.

REY: Los brazos os quiero dar.

DIÓN: En ellos he de aguardar
que una licencia me des.

REY: El pedilla vos la abona,
Desde agora os la concedo;
que nada negalle puedo
a quien debo la corona.

DIÓN: Pues bien puedo, en confianza
de tan crecido favor,
pedir albricias, señor,
de su cumplida esperanza
a Policiano, que a Aurora
por esposa me ha pedido.

REY: (A buena ocasión ha sido.) **Aparte**
Pariente, no es tiempo agora
de casarla; que repuna
a un intento que os diré
con que asegurar podré
firmezas de mi fortuna.

DIÓN: El serviros es, señor,
el primer intento mío.

REY: Escuchad, pues, lo que fío
de vuestra lealtad y amor.

Yo tengo, noble Dión,
indicios de que conspiran
contra mi corona algunos
poderosos de Sicilia.
Es quererlo averiguar
por términos de justicia
difícil y peligroso.
Difícil, porque no fían,
de quien no sepa guardarlo,
su secreto los que aspiran
a empresa de tanto peso;
demás que es cierto que estriban
en su poder los traidores;

y así es forzoso que oprima el
temor a los testigos
a que la verdad no digan.
El peligro es que, culpando
al inocente, podría
irritarse de la injuria
que en la sospecha reciba;
y así ha de ser la cautela
quien descubra su malicia,
y sola vuestra lealtad
el medio de conseguirla,
fingiendo que vos también
estáis a las cosas más
mal afecto; porque así
los que mi fortuna envidian,
si la esperanza de hallar
aplauzo en vos los anima,
no dudarán descubrirnos
la traición que solicitan.
Y porque vuestra privanza
y vuestra lealtad obliga
a recelar que el engaño
de nuestra intención colijan,
iréis con tal prevención,
que vuestra prudencia finja
la ocasión con cada cual,
según el tiempo lo pida,
de estar quejoso de mí,
dando colores tan vivas
de verdad al fingimiento,
que el intento se consiga
de acreditar vuestro agravio;
que yo iré de parte mía
disponiéndolo también,
según viere que me dictan
los sucesos la ocasión.
Mas esta advertencia misma
lo ha de ser para que siempre
que llegue de ofensas más
la nueva a vuestros oídos
entendáis que son fingidas.
Claro estaba; pero al fin
esta prevención es hija
del cuidado con que vive
mi amistad agradecida.
Sólo me resta advertiros,
Dión, que el fin a que mira
este engaño, es conocer
la traición, no persuadirla;
porque si es cautela justa
la que el delito averigua,

no es justa la que ocasiona
a emprenderlo a la malicia;
y así habéis de procurar
descubrir la alevosía
con medios tan atentados
y razones tan medidas,
que sin irritar sepáis
quien es el que ya conspira
mas no quién conspirará,
si vuestro favor le anima;
que supuesto que sabéis
que no son crueldades más
las que el nombre de tirano
me han adquirido en Sicilia,
sino haber mi padre y yo
convertido en monarquía
su república, adornando
nuestras dos frentes altivas
de su laurel, reprimiendo
voluntades y osadías;
si cuando borrar pretendo
nombre que así me fastidia,
ocasionara delitos,
despertando alevosías,
la falsa interpretación
que al nombre tirano aplican
de crúel, justificara
en sus lenguas mi malicia.

DIÓN: De ingenio son más que humano
prevenciones tan divinas.
Pero, ¿qué ocasión halláis
en este intento, que impida
el casamiento de Aurora?

REY: Olvidado se me había,
por no ser el principal
asunto de él mi sobrina.
Precisa ocasión, pariente,
a dilatarlo me obliga.
Y es que me importa que sea
la mano de vuestra hija
freno de las voluntades;
que como todos aspiran
a sus bodas, tengo a todos
con una esperanza misma
deseosos de obligarme;
que mientras no se averiguan
los traidores, quiero así
que sus intentos reprima;
porque si dándola al uno,
los demás se desobligan,
recelo que llegue el daño

antes que la medicina.
DIÓN: Basta, señor, no replico;
que como el fin se consiga,
para asegurar la vuestra,
consagro alegre mi vida.

REY: Con esto a vuestra amistad
deberé otra vez la mía,
y su quietud y su rey
a vuestra lealtad Sicilia.

Vase el REY

DIÓN: Al fin la razón de estado
ha de vencer, que es forzoso,
a todo.

Sale POLICIANO

POLICIANO: ¿Soy ya dichoso,
Dión?

DIÓN: Soy yo desdichado.

POLICIANO: ¿Cómo? ¡Ay de mí!

DIÓN: La licencia
me negó su majestad.

POLICIANO: ¿Cuándo vuestra voluntad
ha hallado en él resistencia?

DIÓN: Agora.

POLICIANO: ¿Pues a Dión
se puede el rey oponer?
¿Ignora vuestro poder?
¿Olvida su obligación,
o mis méritos desprecia?
No penséis, con ser quien soy,
que tanto credito doy
a mi confianza necia,
que intente mi calidad
igualar con la de Aurora;
que nadie humano me ignora,
nadie la ignora deidad.

Mas si nadie la merece,
y alguno la ha de alcanzar,
¿quien mejor puede aspirar
al bien que su mano ofrece,
si ha abonado mi valor
vuestra elección, y si oí
de su hermosa boca un sí,
que es el mérito mayor?

DIÓN: Ni vuestro merecimiento
duda el rey, ni mi poder.

Causa debe de tener
bastante su pensamiento,
que ni entiendo ni examino;
que de ser examinado
hace al rey exceptuado
lo que tiene de divino.

Sólo entiendo, aunque tan mal
me esté, que su gusto es ley,
Policiano; que él es rey,
y yo vasallo leal.

Esto, en efeto, ha de ser.
Sabed sufrir, si sois cuerdo.

POLICIANO: Si gloria tan alta pierdo,
¿qué me queda que perder?

¿El rey a vuestros deseos
se ha de oponer ni a los míos?
Pues yo solo tengo bríos
para hacerle...

DIÓN: Deteneos,
callad, no os precipitéis.
Tened, tened sufrimiento;
que sólo de vuestro intento
es dilación la que veis.

Aguardad, pues. (No quisiera **Aparte**
que, de la pasión vencido,
arrojado de ofendido,
en deslealtad incurriera;
que el rey me mandó poner
en lo que he de averiguar
medios para examinar,
no lazos para caer;
y así es conforme a razón
que cuando agraviar se ve,
yo la prevención le dé,
pues le he dado la ocasión.)

Vencibles dificultades
no son hados soberanos,
ni los motivos humanos
se informan de eternidades.

La causa que hoy os impide,
mañana puede cesar.
Si el dilatar no es negar,
quien dilata no despide.

Ser prudente es ser sufrido.
Advertid que os aconsejo,
como amigo y como viejo,
que ni excedáis ofendido,
ni atrevido os arrojéis;
porque si habláis libremente,
más que ganastes prudente,
impaciente perderéis;

que si nos toca a los dos
el daño, no os nuestro mal,
pues contra mí soy leal,
que lo seré contra vos.

POLICIANO: (Ni sabe el amor ser cuerdo, **Aparte**
ni el loco sabe temer.
Sicilla se ha de perder,
vive Dios, si a Aurora pierdo.)

Vanse los dos. Salen RICARDO y DIANA

RICARDO: Es sin remedio mi pena;
no hay consuelo en mi pasión.

DIANA: Ricardo, ¿cuál ocasión
tanto de ti te enajena?

RICARDO: ¡Ay, querida hermana! Aurora,
a quien adoro, la mano
de esposa da a Policiano.

DIANA: (¡Ah, traidor!) **Aparte**

RICARDO: Mira si llora
quien la pierde enamorado
justamente.

DIANA: ¿Luego está
hecho el casamiento ya?

RICARDO: No, pero está concertado;
que basta para perder
la vida con la esperanza.

DIANA: No se queje si no alcanza
quien no se atreve a emprender.

¿Quién hubiera más favor
que tú, Ricardo, alcanzado,
si te hubieras declarado?

¿Y más pudiendo tu amor
tenerme a mí por tercera,
pues tantas veces estoy
con ella, y sabes que soy
en su amistad la primera?

¿A quién la diera mejor,
si se la hubieras pedido,
que a ti su padre?

RICARDO: He querido
merecer de ella el amor
antes que el consentimiento
de Dión.

DIANA: Necio anduviste,
pues por concierto pudiste
dar vida a tu pensamiento.

RICARDO: Temí quedar desairado,
si de ella no era admitido;
que se arrepiente corrido

quien no alcanza declarado.

DIANA: Querer por amor vencerla
tu silencio disculpaba,
mientras no te amenazaba
el peligro de perderla;
mas hoy que ve ya tu amor
malograr tu pensamiento,
mátete el atrevimiento,
si ha de matarte el temor.

Hablando vas a ganar,
callando sólo a perder;
¿qué le queda que temer
al que ya se ve matar?

El que llega a estar cercado
de ejército numeroso,
a los que huyó temeroso,
acomete despechado.

Declara a Dión tu amor,
a Aurora tu sentimiento,
al rey tu amoroso intento,
y válgate su favor,
pues le tienes obligado,
en tan urgente ocasión,
si se excusare Dión
con lo que tiene tratado;
y si con esto los daños
que te amenazan no impides,
la guerra permite ardides,
y el amor perdona engaños.

Con trazas y fingimientos
procura el bien que mereces;
y si tú, porque padeces
tormenta de pensamientos
en el golfo de tus males,
no discures, yo, que soy
mujer y en la arena estoy,
(¡Pluguiera a los cielos!), tales **Aparte**
trazas y enredos, hermano,
sabré hacer, si lo permites,
que de la mano le quites
la esperanza a Policiano.

RICARDO: ¿Que permita es menester
lo que yo te he de rogar?
Diana, ¿puedo negar
lo que debo agradecer?

Traza a tu gusto, dispón
mi remedio a tu albedrío.

DIANA: Pues déjalo a cargo mío,
Ricardo, y habla a Dión.

RICARDO: ¿Como lo piensas trazar?

DIANA: Pues que te fías de mí,

no me examines.
RICARDO: De ti
yo quiero todo fiar,
pues conoces, cuando estás
de mi tormento advertida,
que a tu hermano das la vida,
y a ti un esclavo te das.

Vase RICARDO

DIANA: ¿Así se pagan finezas?
¿Así se premian lealtades?
¿Así desmienten verdades
los que prometen firmezas?
¡Ah, traidor! ¡Ah, fermentido!
¡Ah, engañoso Policiano!
¿A Aurora has de dar la mano
que a Diana has prometido?
No lo sufrirán los cielos;
primero te abrasarán
las llamas de este volcán
que arroja rayos de celos.

Sale ELISA

ELISA: ¿Qué es esto, señora?
DIANA: Es
pena, dolor, sentimiento.
Cuanto escuchas es tormento;
todo es rabia cuanto ves.
Ofensas me tienen loca,
muerta me tienen agravios;
la vida tengo en los labios,
el alma tengo en la boca.
En el pecho Mongibelos,
fieras en el corazón;
y en fin, tormentos que son
mayores, que tengo celos;
y para que en tantos daños
ni esperanza pueda haber,
no se contentan con ser
celos, que son desengaños.
Ese injusto, ese traidor,
ese crüel Policiano
a Aurora le da la mano
que debe a mi firme amor.
Mira, Elisa, si me ciega
con razón el sentimiento,
no llegando el sufrimiento

donde el sentimiento llega.
ELISA: ¿Quién creyera tal mudanza
de su firmeza jamás?
DIANA: Ven conmigo.
ELISA: ¿Adónde vas?
DIANA: A disponer la venganza,
ya que no el impedimento.
ELISA: No provoques el rigor
de Ricardo.
DIANA: De su amor
se valió mi atrevimiento
porque en Aurora le alcanza
igual desdicha, y así
a restaurar me ofrecí
con enredos su esperanza.
Vino en ello; y con color
de que remedio sus daños,
ha de tener por engaños
las verdades de mi amor.
ELISA: De esa suerte vas segura.
DIANA: Nada temo su crueldad;
que el amor es ceguedad,
y los celos son locura.

Vanse las dos. Salen FILIPO y TURPÍN

FILIPO: Advierte que me conviene
que me avises luego, en viendo
que viene Dión.
TURPÍN: Ya entiendo.
FILIPO: ¿Cómo?
TURPÍN: ¿No es fácil, si tiene
tanta hermosura mi ama?
FILIPO: Engañaste; que jamás
la he visto.
TURPÍN: Pues estarás
enamorado por fama;
que es muy señoril acción
a una famosa beldad
amarla por vanidad,
más que por propia afición.
Hombre conozco yo aquí
que lo tiene por oficio.
FILIPO: De poco seso da indicio.
Pero no sucede en mí
lo que piensas.
TURPÍN: O querrás
andar muy cauto conmigo.
Pues de tu mayor amigo
confiar no debes más

que de mí. Buen desengaño
puedo dar de mi sujeto.

No guarda mejor secreto
un ministro el primer año.

Criado de Aurora soy,
y eres tú del rey su tío
privado; y así confío
que si de tu parte estoy,
en cualquier caso podré
asegurarme del daño;
y en ti con esto es engaño
formar dudas de mi fe,
si yo te puedo servir.

FILIPO: Sobre un intento secreto
vengo a hablarla, y te prometo
que a podértelo decir,
duda en tu fe no pusiera.

TURPÍN: (Sólo por ver si le obligo **Aparte**
a ser liberal conmigo
le estoy sacando a barrera.)
¿No puedo saberlo al fin?

FILIPO: Imposible cosa es.

TURPÍN: Pues juro a Dios que después,
pues recelas que Turpín
no será buen secretario,
si sé que a Aurora deseas,
aunque más privado seas,
me has de tener por contrario.

FILIPO: Quede así, y haz lo que digo,
Turpín; que importa el cuidado.

TURPÍN: Entrar puedes confiado,
pues a tenerlo me obligo.
(Mal entiende mi deseo. **Aparte**
Doyle otro tiento.) Quisiera
que adviertas que no lo hiciera
sino por ti.

FILIPO: Yo lo creo.
Vete, vete.

TURPÍN: (¿Que obligaros **Aparte**
no es posible a mi intención?
Pues si viniere Díón
--¡vive Dios!--de no avisaros.)

**Vase TURPÍN. Salen CAMILA y AURORA, por
otra parte. Filipo se queda retirado**

CAMILA: En fin, ¿negó el rey, señora,
a tu padre la licencia?

AURORA: Mejor dirás la sentencia
contra la vida de Aurora;

pues contra mi gusto hiciera
estas bodas, de obediente
a mi padre solamente;
y confieso que si hubiera
declarado la afición
que tan secreta ha tenido,
y a los labios atrevido
las penas del corazón
Ricardo, pasara yo
con el más alegre vida;
que me tiene agradecida,
ya que enamorada no.

CAMILA: ¿Agora sales con eso?

AURORA: Nunca, antes que diera el sí
a Policiano, sentí
lo que agora te confieso;
pero después que llegué
a juzgarle esposo mío,
violentado mi albedrío,
de Ricardo comencé
a hacer más estimación,
y a pensar que hiciera empleo
mejor en él; que el deseo
despertó la privación.

CAMILA: ¿De suerte que no es amor
el que tienes?

AURORA: Comparado
con Policiano, he juzgado
que merece mi favor
Ricardo; pero sin eso,
aunque no me desagrada,
no me siento enamorada,
si obligada me confieso.
Mas, ¿quién está aquí?

CAMILA: Persona
parece de calidad.

AURORA: Su compuesta gravedad
sus nobles partes pregona.

CAMILA: ¿Qué querrá? ¿Y cómo ha llegado,
sin avisar, hasta aquí?

AURORA: Sepámoslo; que es ya en mí
la curiosidad cuidado.

CAMILA: A cualquiera puede darme
cuidado y curiosidad.

AURORA: Y más si su calidad
se conforma con su talle.

FILIPO: (Del rey alienta el deseo **Aparte**
favorable la ventura,
pues dice ya esta hermosura
que es Aurora la que veo.)
Hasta saber el intento

de llegar adonde veis
sin licencia, no culpéis,
señora, mi atrevimiento;
que de la misma ocasión
echaréis de ver que ha sido
forzoso ser atrevido
para lograr la intención,
si no me engañan, señora,
los ojos, cuando asegura
la fama de esa hermosura
que sois la divina Aurora.

AURORA: Menos esa adulación,
soy Aurora, y ya deseo
de la novedad que veo
escucharos la ocasión,
y saber quien sois.

FILIPO: Yo soy
Filipo, del rey criado,
si valido, no privado;
porque a vuestro padre doy
solamente este lugar.

AURORA: Ya por fama os conocía,
y a mi piedad algún día
debieron más de un pesar
los que os hizo la Fortuna.

FILIPO: Ya ha cesado su rigor,
y ya con ese favor
no temo mudanza alguna;
que esa beldad... (Pensamiento, **Aparte**
¿dónde vuelas? ¿Dónde vas?)
...si he de decir lo demás
que causó este atrevimiento,
aparte habéis de escucharme,
porque el caso lo requiere.

AURORA: Por si mi padre viniere,
Camila, para avisarme,
pues su esquiva condición
conoces, ponte en espía
en esa ventana.

CAMILA: Fía
tu cuidado a mi atención.

Vase CAMILA

AURORA: Ya estamos solos, hablad.

FILIPO: Señora, si del Amor
no habéis probado el rigor,
al menos su ceguedad
por fama habéis entendido...
(Y ya, ¡triste yo!, la mía **Aparte**

con importuna porfía
mi corazón ha rendido.

Inútilmente pretendo
resistir; el rey lo erró
cuando de mí se fió;
que debiera, conociendo
tan soberanos despojos,
para evitar sus agravios,
dar comisión a los labios,
sin concederla a los ojos.)

AURORA: ¿Qué os suspendéis?

FILIPO: ¿Cómo puede

dejarse de suspender
quien os ha llegado a ver?
¿Cómo queréis que no quede
absorto, señora, en vos,
si es Dios la misma hermosura
cuando goza mi ventura
en la vuestra tanto Dios?

AURORA: ¿Es éste acaso el secreto
que tenéis que hablarme?

FILIPO: No:

aquí, señora, causó
vuestra beldad este efeto.

Otra, Aurora, es mi intención;
mas cuando son desiguales
los impulsos naturales
al poder de la razón,
no gobierna el albedrío;
que si en corrientes de plata
al caminante arrebata
bramando el furioso río,
de su jornada se olvida;
y sólo en peligro tal
con afecto natural
trata de escapar la vida.

Así yo, puesto que atento
a otro fin os entré a hablar,
en llegándoos a mirar,
con ímpetu tan violento
me vi anegar en abismos
de hermosura, que forzado
de su poder, y olvidado
de mis pensamientos mismos,
al deciros la ocasión
porque os vi, con furia loca
me arrebató de la boca
las palabras la pasión.

Y así, mi error perdonad;
que en el primer movimiento,
ni juzga el entendimiento,

ni elige la voluntad.

AURORA: (Tente, pensamiento mío; **Aparte**
que previene ya el temor
en halagos del amor
ofensas del albedrío.)
Injusta desconfianza
mostráis en tan justo efeto;
ni la hermosura es defeto,
ni es injuria la alabanza.
Y si el ver encarecida
su belleza tanto agrada
a la mujer, obligada
me juzgad, y no ofendida;
si no es ya que la intención
que declararme queréis,
es mi ofensa, y pretendéis,
temiendo mi indignación,
reprimirla; y prevenido,
con alabarme habéis hecho,
Filipo, prisión del pecho
la lisonja del oído.

FILIPO: No, señora; no el veneno
he querido disfrazar;
que en lo que os vengo a tratar
solicito gusto ajeno.
(Tan contra mí, que podéis **Aparte**
colegir, viéndome tal,
que es lo que me está más mal
que mi demanda otorguéis.)
Del rey bellísima Aurora,
vengo a vos por mensajero;
de su afición soy tercero,
y de que ciego os adora,
testigo, si es menester
para probar su afición
mas notoria información
que saber que os llegó a ver.
(¡Ah, cielos! Yo soy perdido; **Aparte**
que Aurora no se ha enojado.)

AURORA: (Engañóse mi cuidado. **Aparte**
¡Qué presto ha desvanecido
mi esperanza! Pero, ¿cuándo,
loco Amor, los gustos das
más firmes?) ¿No decis más?

FILIPO: ¿Que más?

AURORA: Estoy aguardando
a saber si es el intento
de mi tío ser mi esposo.

FILIPO: Él fuera en eso dichoso
mas tiene su casamiento
en Cartago ya tratado.

AURORA: ¿Luego pretende su amor
 su gusto en mi deshonor?
FILIPO: Es rey y está enamorado.
AURORA: Bien decís; lo mismo es
 enamorado que loco,
 y no muestra estarlo poco,
 pues prefiere el interés
 de su antojo a mi opinión.
 ¿No advierte el rey por ventura,
 cuando imprudente procura
 ofender con su afición
 de mi padre la nobleza,
 que aun hoy, aunque está
 gozando del cetro, le está
 temblando la corona en la cabeza?
 ¿Olvida...
FILIPO: (Albricias, Amor,
 que se ha enojado.
AURORA: ...que debe
 el honor a quien se atreve
 a ofender en el honor?
 ¿Así paga beneficios?
 ¿Así asegura lealtades?
 ¿Así obliga voluntades
 y recompensa servicios?
 ¿Así el nombre de tirano
 quiere borrar? ¿Y así intenta
 en el reino que violenta,
 acreditarse de humano?
 ¡Vive el cielo, si no enfrena
 tan mal advertido antojo,
 que ha de sentir en mi enojo
 de su locura la pena!
 ¿A Aurora, a Aurora se envía
 recado tan atrevido?
 ¿Y vos, vos habéis venido
 con tal vil mensajería?
 No sé de cual de los dos
 más ofendida me hallo;
 del rey, en imaginallo,
 o en decírmelo, de vos.

Vase AURORA

FILIPO: Mil veces en hora buena,
 bella Aurora, os enojad,
 pues asegura piedad,
 ese rigor, a mi pena.
 Nunca ha sido tan gustosa
 la furia, nunca se ha visto

el enojo tan bien quisto,
ni la ira tan hermosa.

No en vano, Amor, a tus aras
y al imperio de tus leyes
rinden sus cetros los reyes,
y los dioses sus tiaras;

no en vano, pues tales son
tus fuerzas, que en un momento
ciegas el entendimiento
y aprisionas la razón.

Loco estoy, estoy perdido,
y tan otro de mi estoy,
que ni conozco el que soy,
ni me acuerdo del que he sido.

Sólo ya mi entendimiento
juzga el bien mayor amar;
sólo discurre en buscar
remedios al mal que siento.

De mi ciego desvarío
el rey perdone el error,
pues da disculpas su amor,
y no escarmientos al mío.

Mi obligación he cumplido,
y aun hice más que debí,
pues tercero contra mí
de sus cuidados he sido.

Hasta aquí de mi lealtad
pudo extenderse la ley,
mas no a que el amor del rey
la ponga a mi voluntad..

Y más cuando Aurora aquí
se le mostró tan crüel
pues de los desprecios de él
mis favores colegí;

que mientras sus alabanzas
publicó mi suspensión,
dio su benigna atención
aliento a mis esperanzas;

y después se mostró airada
cuando el amor entendió
del rey, quizá porque vio
su imaginación burlada.

Claro está, pues por lo menos
estimó mis desvaríos
quien humana oyó los míos,
y enojada los ajenos.

Pues cuando yo he merecido
sus favores, y el rey no,
¿qué le ofendo en querer yo
ganar lo que él ha perdido?

Y puesto que el rey se ofenda,

¿qué me ha de costar? ¿La vida?
Menos la temo perdida,
que perder tan alta prenda.
Todo, para conseguir
tanto bien, lo he de emprender;
que no queda qué temer
al que se atreve a morir.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen FILIPO y el REY

FILIPO: Tan resuelta, señor, y tan airada
rigores respondió a tus rendimientos,
que en el mar espumoso concitada
la furia de encontrados elementos
cuando turban la luz, el cielo ocultan,
confunden la región y el sol sepultan
espíritus del Austro, no amenazan
con tanto horror, con tan airado ceño,
funesto fin al naufragante leño,
como Aurora, si cabe por ventura
esta comparación en su hermosura,
duplicó furias, repitió rigores,
juzgando ofensas tuyas tus favores,
vuelos vulcanes de iras y de agravios
los que eran de coral hermosos labios,
noches de espanto y Etnas de centellas
las que eran más que el sol claras estrellas.
Tal la vi al fin, perdona el desengaño,
pues como ofende al gusto, evita el daño,
que yo he juzgado que tu pecho amante
bate con cera muros de diamante.

REY: ¿Cómo, Filipo, basta el sufrimiento,
siendo tanto mi amor, a mi tormento?
¿Como puedo vivir si a mis sentidos
tanto veneno das por los oídos?
No es posible, Filipo; la paciencia
me falta; no, no tengo resistencia

contra mí mismo. Sujetarme veo
del imperio tirano del deseo.

¿Qué importa la corona, qué la vida,
no siendo Aurora de mi amor vencida?
Todo lo he de arriesgar por obligarla,
todo lo he de perder por alcanzarla.

FILIPO: ¿Qué es esto? ¿Así, señor, de ti te olvidas?

¿Así excedes de ti, que así antepones
la ejecución de ilícitas pasiones
a tantas esperanzas concebidas
de tu prudencia, tu valor y seso,
cuando ha impuesto Sicilia el grave peso
de este reino en tus hombros solamente
por juzgarte filósofo prudente?

REY: Ya no lo soy Filipo, si lo he sido;
otro soy del que fui, porque he perdido
el ser y el alma, pues por ella agora
sólo me informo del amor de Aurora.
La ciencia filosófica, el prudente
discurso y el valor de los humanos
no evita los destinos soberanos,
no de los dioses el poder desmiente.
Amor es dios, la mano suya ha sido,
la flecha, Aurora, que mi pecho ha herido;
pues en mi rendimiento, ¿qué te admira,
donde es deidad la mano que me tira,
y porque del remedio desespere,
deidad también la flecha que me hiere?

FILIPO: (Resuelto está en mi daño.) **Aparte**

REY: El seso pierdo
nada puedo conmigo; que en un loco,
la ciencia y el valor importan poco.

FILIPO: Gran señor, no está lejos de su acuerdo
el loco que conoce su locura.
Procura divertir tu mal, procura
templarte; que al principio el accidente
obedece al remedio fácilmente.
Y si juzgas difícil la vitoria,
en la dificultad está la gloria;
que en lo que el mismo caso facilita,
ni se muestra el valor ni se acredita.
Remedios traza, ocupa el pensamiento,
divierte la memoria, que al tormento
ministra la materia; otros amores
merezcan tus cuidados y favores.
¿Es sola Aurora? ¿En sola su belleza
extremó su pincel naturaleza?
Muchas hay en Sicilia que a la hermosa
Venus de Adonis tienen recelosa,
y las puedes amar sin el delito
que contra Aurora, tu sobrina, intentas,

- pues afrentas tu sangre si la afrentas.
- REY: Eso todo es así, Filipo amigo;
mas no es así poderlo yo conmigo,
y más cuando celoso considero
que otro merece el bien que yo no espero.
- FILIPO: ¡Otro! ¿Como, señor?
- REY: Su hermosa mano,
de ella admitido, espera Policiano.
- FILIPO: (¡Ay de mí!) **Aparte**
- REY: Y ya la hubiera conseguido,
a no haberlo mis celos impedido.
- FILIPO: Bien has hecho, señor; no lo consientas;
nadie merezca lo que tú no alcanzas;
baste que el mal, enamorado, sientas
de no poder lograr tus esperanzas,
sin que celoso te dupliques penas,
viendo también logradas las ajenas.
Desdichado se llora el que no alcanza;
mas su tormento alivia la esperanza
de ver al fin premiada su querella;
que no alcanzar la gloria no es perdella;
mas quien su prenda ve en poder ajeno,
ése pérdida llora, ése el veneno
mortal traslada al corazón del labio.
Desdicha es no alcanzar, perder, agravio;
y quien llora perdido el bien que adora,
agravios ése, y no desdichas, llora;
el sentimiento de no ser querido
puede morir a manos del olvido;
mas el agravio de perder la gloria
apuesta con la vida en la memoria;
y así, aunque resolvieses no quererla,
para olvidalla importa no perderla.
- REY: Resuelto estoy. No gastes persuasiones
en lo que te aseguran mis pasiones;
que el curso arrebatado y la violencia
con que el celoso amor me precipita,
no de nuevos impulsos necesita.
Vuelve a mi bien, Filipo, y de mis males
le presenta evidencias, no señales;
por dicha mis tormentos repetidos
hallarán más piadosos sus oídos.
Procura persuadirla, y para vella
alcánzame licencia; que sin ella
el amor ciego que mi pecho anima,
teme el rigor cuanto el favor estima.
- FILIPO: Yo parto, gran señor, a obedecerte,
y asegurara el fin a tus pasiones
dichoso, si en mi lengua las razones
tuvieran, cuando así obligar me veo,
las fuerzas que en mi pecho mi deseo.

Vase FILIPO

REY: Si es efeto el amar de las estrellas,
en que no tiene parte el albedrío,
pedir que os inclinéis es desvarío,
Aurora, a lo que no os inclinan ellas.
Mas ya que de mi incendio a las centellas
ardientes vuestro pecho esté tan frío,
que no podáis sentir el dolor mío,
quered sentir al menos mis querellas.
Nunca, Aurora, en amantes mal pagados,
que a fuerza de los hados han querido,
vi que la libre voluntad no enferme,
Yo solo, a no quereros por mis hados,
os quisiera querer aborrecido;
¿por qué queréis, querida, aborrecerme?

Salen DIANA y ELISA, con mantos, por otra parte

DIANA: Vanos consejos me ofreces.
detenerme es por demás.

ELISA: ¿Tan ciega, señora, estás,
que contra ti te enfureces?
¿Qué ha de sentir de tu honor,
viendo que tanto lo sientes?

DIANA: De los dos inconvenientes
vengo a tener por menor
el arriesgar mi opinion,
que perder a Policiano.

ELISA: Donde reina amor tirano
es esclava la razón.

DIANA: Aquí está el rey. Llego, pues,
que en estar solo parece
que el cielo me favorece.
Dadle, gran señor, los pies
a Dïana.

REY: Alza del suelo,
no agravies la estimación
que debo a tu perfección,
de que es imagen el cielo.
¿Qué exceso es éste, Dïana?

DIANA: Es exceso de mi suerte,
que hasta en negarme la muerte
quiere mostrarse inhumana,
pues la que vive agraviada,
sólo en morir es dichosa.

REY: En viéndote tan hermosa,
te contemplé desdichada.

Mas a tu pena importuna
término puedes poner,
si acaso tengo poder
para vencer tu fortuna;
que a tus deudos he debido
la que gozo levantada.
Pedir puedes confiada,
pues prometo agradecido.

DIANA: ¿Quién sino vos, cuya real persona
quilates de valor, luz de nobleza,
rayos de ciencia añade a la corona
que dignamente os ciñe la cabeza,
sabe premiar servicios, si a premiarlos
es bastante en un rey el confesarlos?
¿Quién como vos remediará mis males,
si en mí, para que de ellos el olvido
llegue a borrar las últimas señales,
es bastante el haberlo prometido;
pues en quien puede como vos no pesa
el mismo efeto más que la promesa?
¿Y a quién abrieran mis quejosos labios
las secretas prisiones en que el pecho
vergonzoso ocultaba los agravios
que en mi opinión tan duro estrago han hecho,
sino a un rey que por noble y por discreto,
el remedio asegura y el secreto?
Produzca pues tan justa confianza
efetos libres de temor, y el daño
pronuncie con que paga mi esperanza
de Policiano el alevoso engaño,
que olvida acaso por desdicha mía
vuestro poder, cuando en el suyo fía.
El lustro apenas de mi edad tercero
me concedió de la razón el uso,
cuando él, traidor, amante lisonjero,
cautelas fabricó, medios dispuso,
mostró finezas, que a cualquier recato
el nombre dieran con razón de ingrato.
No se desmiente el cocodrillo tanto
en voz humana y en llorosa vena,
.....[-anto]
.....[-ena]
como él con quejas, lágrimas y amores
solicitó engañoso mis favores.
Y para dar el último combate,
si no a mi honestidad, a mi albedrío,
porque más mis rigores no dilate,
promete que ha de ser esposo mío.
¡Oh, necia la que da a la confianza
lo que puede negarle la mudanza!

Al fin les negoció la diligencia
crédito a sus ficciones de verdades,
y el crédito en mi amor correspondencia;
que si hay cómo obligar las voluntades,
es monstruo, no mujer, la que ha podido
ser esquiva al amor, si lo ha creído.

Pues teniéndole ya, ¿qué fortaleza
puede oprimir el encendido fuego?
Porque el mismo peligro en que tropieza,
el amante no ve, se llama ciego;
y así la fe de su promesa pudo
dar lengua en su favor al amor mudo.

Declaréme su amante, y como dueño
en público gozó correspondencias,
y menos el mayor, último empeño,
en mi amor se atrevió a tantas licencias,
que se puede atrever también el labio
más recatado a murmurar mi agravio.

Mi agravio, pues, os diga mi tormento,
publique sus traiciones su mudanza,
vuestras ofensas pruebe el loco intento
de poner en Aurora su esperanza,
y todo junto, gran señor, os diga
a lo que, siendo rey, todo os obliga.

REY: ¿Fe de esposo te dio?

DIANA: Si necesita
mi verdad de testigos...

REY: No, Dána;
que tu misma querella te acredita,
pues no con causa y ocasión liviana,
arriesgando su fama, a excesos tales
se arrojan las mujeres principales.

Vete, Dána, vete. No te vea
quien pueda murmurarte; y no permitas
más riendas al temor, pues te desea
lo mismo que agraviada solicitas,
agradecido un rey.

DIANA: Tales favores
aun no me dejan sombras de temores.

Vanse los dos. Salen RICARDO y TURPÍN

RICARDO: ¿Qué dices? Dame esos brazos.

TURPÍN: Cuando del bien que codicias
te he dado nuevas, albricias
esperaba, que no abrazos.

RICARDO: Esta piedra, en quien vencido

Dale una sortija

se ve el farol celestial,

no es premio, sino señal
de mi pecho agradecido.

TURPÍN: Esto han de hacer los amantes
para hacer hablar los mudos;
que escudos vencen escudos,
diamantes labran diamantes.

¿Qué secreto, que misterio
no sabrás con medio igual,
si la mano liberal
tiene en las almas imperio?

RICARDO: En fin, ¿que se han dilatado
las bodas?

TURPÍN: Y aun yo sospecho
que del todo se han deshecho,
según vi desesperado
a Policiano ofendido
querellarse de Dión.

RICARDO: Según eso la ocasión
mi esperanza no ha perdido.

TURPÍN: No la ha perdido; mas creo
que la vendrás a perder;
que quien no sabe emprender,
nunca logra su deseo.

Callando, ¿quién persuadió?
¿Quién venció sin intentar?
¿Quién obligó sin rogar?
¿Quien sin pedir alcanzó?

Aun con los dioses, que entienden
las humanas intenciones,
a fuerza de peticiones
negocian los que pretenden;
y al fin, para concluir,
oye una comparación.

Al tribunal del león
llegó una oveja a pedir
justicia de un carnicero
lobo, que un hijo le había
muerto, de dos que tenía;
y con el otro cordero
que vivo quedó, prostrada,
por darle más compasión,
ante los pies del león,
calló, un rato, o bien turbada,
o bien por encarecer
de esta suerte de su mal
el extremo; que es señal
de gran pena enmudecer.

Estaba hambriento el león,
y como calló la oveja,
no previno su queja,
no quiso su intención

entender; hízose bobo,
y fingiendo que pensaba
que el cordero le endonaba,
hizo lo mismo que el lobo.

La oveja, con agonía
balando, empezó al momento
a declararle el intento
con que allí venido había;
mas él dijo, "No negaras
tanto la voz a los labios;
si era contar tus agravios
tu fin, al punto empezaras,
hablando, a informarme de ellos;
que en esto de corazones
sabemos más los leones
de comerlos que entendedlos."

Pienso que la fabulilla
viene a pelo. Habla a Díón,
dile a tiempo tu intención;
que es cierto que con decilla
a ocasión y con instancia
harás que tema tus quejas,
pues al menos no le dejas
la excusa de la ignorancia.

RICARDO: Bien dices; pero querría
hablar a Aurora primero;
porque declarar no quiero
sin su voluntad la mía.

TURPÍN: A mí también me contenta,
Ricardo, ese parecer;
que es vano trabajo hacer
sin la huéspedada la cuenta.

Ella sale, hablarla puedes.

RICARDO: Y su padre, ¿dónde está?

TURPÍN: Si vienes resuelto ya
a pedírsela, ¿qué excedes
en hablarla y pretendella?

RICARDO: Al fin, pues tengo ocasión,
me he de arriesgar con Díón,
por declararme con ella.

Vase TURPÍN. Sale AURORA

AURORA: ¿Quién está aquí?

RICARDO: Aurora hermosa,
no os retiréis. Aguardad,
y de cortés escuchad,
si no escucháis de piadosa.
Lo que la suerte dichosa

pródigamente me ha dado,
no lo niegue recatado,
señora, vuestro desdén;
advertid que el sol también
sale para el desdichado.

AURORA: Ricardo, hallaros aquí
sin haberme prevenido,
la justa ocasión ha sido
de haberme extrañado así;
y vos sin razón de mí
en esto os habéis quejado;
que si a verme habéis llegado,
siendo eso lo que intentáis,
más de atrevido ganáis,
que perdéis de desdichado.

RICARDO: ¡Cuán cierto me prometiera,
Aurora bella, el perdón,
a ser lengua el corazón
que mis males os dijera!
¡Cuán dichoso fin tuviera
la desventura que siento,
si supiera mi tormento,
siendo tantos sus rigores,
deciros cuántos temores
me cuesta este atrevimiento!

Mientras del mar enojado
y del viento a la violencia
se opone la resistencia
de la vela y el costado,
duerme en su esfera el cuidado;
mas en llegando a faltar
la esperanza de salvar
la vida en el roto leño,
rompen las voces el sueño,
los brazos hienden el mar.

Sepultado del vulcán
en las hondas cavidades,
sus ardientes calidades
disimula el alquitrán;
pero si fuego le dan,
rompe los profundos senos,
y los elementos, llenos
de su furia, se estremecen;
nubes y rayos parecen
las cenizas y los truenos.

Yo, en mi esperanza embarcado,
el mar de amor discurría,
y la materia escondía
de mi incendio mi cuidado;
mas ya los celos han dado
fuego al alma, y el dolor

de perder mi bien mayor
me anega, y a mi despecho
revienta la mina el pecho,
se arroja al agua el amor;
que viendo ya mis intentos
malogrados, dueño hermoso,
rompe el silencio medroso
en voces y atrevimientos.
Con mil mudos pensamientos
sin fruto vuestros despojos
adore; y ya mis enojos
a la lengua escucharéis,
señora, pues que os hacéis
desentendida a los ojos.

Como busca el ciervo herido
la fuente, y a sus cristales
les restituye en corales
lo que en perlas ha debido;
así yo, Aurora, he venido,
de Amor herido, a buscaros,
por ver si puedo obligaros
a remediar mis enojos,
pagando en llorar los ojos
lo que os deben en miraros.

Tened piedad de esta vida
que sola vos informáis;
si enamorada os negáis,
no os neguéis agradecida.
Permitidme, condolida,
que os pueda a Díón pedir;
que en negar o en permitir
sólo estriba, dueño hermoso,
o atreverme venturoso,
o desdichado morir.

AURORA: (Ni mi padre ha de querer, **Aparte**

ni el rey licencia ha de dar;
pues, ¿qué arriesgo en no negar?
¿Qué pierdo en agradecer?
Y cuando venga a tener
efeto el darle la mano,
¿amante esposo no gano,
contado entre los más buenos,
que a mis ojos por lo menos
es mejor que Policiano?

Algún tiempo sus intentos,
¿no hallaron en mis cuidados
si no gustos declarados,
agradados pensamientos?
Si se llevaron los vientos
la esperanza tan en flor
que vio en Filipo mi amor,

desengañada, ¿qué aguardo?
Dé la verdad a Ricardo
lo que le quito el error.)

RICARDO: Mucho me dais que temer;
ya llego a desconfiar;
que es indicio de negar
el tardarse en conceder.

AURORA: Ricardo, no puede ser
el pecho que es noble, ingrato;
y del amoroso trato
conocida la verdad,
ocultar la voluntad
más es crueldad que recato.

La suspensión en mirar,
mil veces vuestros enojos
me ha dicho que por los ojos
sabe el corazón hablar.
No os ha dañado el callar;
antes en mi pensamiento
adelantó vuestro intento;
porque en los que amantes son,
es sobra de estimación
la falta de atrevimiento.

Y así, agora que a vencersos
del celoso ardor llegastes,
por lo que en temer ganastes,
no perdéis en atreveros;
antes debo agradeceros
el haberos declarado,
pues no es de haberme estimado
indicio menos forzoso
el atreveros celoso,
que el temer enamorado.

Y así, os doy para tratar
esto a mi padre licencia;
que esto sólo en mi obediencia
os queda por conquistar.
Si lo llegáis a obligar,
dad por hecho el casamiento;
mas si a vuestro pensamiento
reducirlo no podéis,
vuestra suerte culparéis,
y no mi agradecimiento.

Vase AURORA

RICARDO: ¿Qué imperio puede tener
ya de la suerte el rigor
en quien tan alto favor
ha llegado a merecer?

No me queda que temer;
que pues me has favorecido,
aunque llegue a ver perdido
el bien que agora alcancé,
al menos no perderé
el haberlo conseguido.

Sale TURPÍN

TURPÍN: Pues, ¿qué tenemos? ¿Venciste?

RICARDO: Mi bien puedes celebrar.

TURPÍN: En albricias te he de
dar la sortija que me diste.

Acomete a darle la sortija

Tómala.

RICARDO: Bien las pediste,
yo te las debo.

TURPÍN: Si eres
tu tan liberal, que infieres
lo que no pensó Turpín,
no replico, porque al fin
ha de ser lo que quisieres.

Mas aquí viene Dión;
y pues hoy con tal ventura
has comenzado, procura
no perder esta ocasión.

RICARDO: Agora mi pretensión,
de Aurora favorecido
le diré más atrevido.

Sale DIÓN

DIÓN: ¡Ricardo amigo!

RICARDO: A buscaros,
noble Dión, para hablaros
en un negocio he venido.

DIÓN: Previsiones excusad,
si acaso estáis satisfecho
de la amistad de mi pecho.

RICARDO: Pues dais licencia, escuchad.

Hablan bajo

TURPÍN: (¡Mal haya, dijo un juglar, **Aparte**

de buen gusto y gracias lleno,
quien tiene dinero ajeno
y se acuesta sin cenar!

Y el que quiere ser esponja
de algún señor, ¡haya mal,
si no lo hace liberal
a costa de una lisonja!

Y, ¡mal haya el que perdió
la ocasión de enriquecer,
teniendo hermana o mujer
o hija hermosa! Aquí entro yo.

Cubra el siciliano suelo
de amantes de Aurora Amor;
que a todos igual favor
he de vender, ya que el cielo
dueño tan bello me dio;
porque nos hemos de hallar,
si el tiempo deo pasar,
ella vieja y pobre yo.)

Vase TURPÍN

DIÓN: Cuando más exagereis
vuestros méritos conmigo,
lo menos, Ricardo amigo,
de lo que sé no diréis;
y así mi conocimiento
culpa vuestras prevenciones,
si multiplicáis razones
para esforzar vuestro intento.
(Mas--¡ay de mí!--la ocasión **Aparte**
es ésta de examinar
su lealtad, y ejecutar
de Dionisio la intención.
Fingir un agravio intento
con que la pueda cumplir,
como también excluir
de Ricardo el pensamiento.
Que Aurora dio la ocasión
a esta plática, y Aurora
ha de dar también agora
la materia a mi ficción.)

RICARDO: ¿Qué os suspendéis? Si la mano
me impide de Aurora bella
haber tratado con ella
casamiento a Policiano,
advertid...

DIÓN: Ricardo, no;
que puesto que aún no está hecho,
y tenéis mejor derecho,

pues a nadie estimo yo
tanto como a vos, no es eso
lo que impedimento os hace;
de más grave causa nace
nuestro daño; y os confieso
que es tan en agravio mío,
que en ella misma veréis,
cuando de mí la escuchéis,
cuánto de vos me confío,
y la amistad que a mi pecho
le debéis en declararme,
pues no dudo avergonzarme
por dejaros satisfecho.

El rey, después que es deudor
de la corona real
que goza, a mi amor leal,
pues por mi industria y valor
en el reino sucedió,
que su padre, contra el fuero
de la libertad, primero
tiranamente ocupó;
en Aurora, en su sobrina,
hija de su misma hermana,
ha puesto afición liviana,
y tirano determina
ejecutar sus deseos
en su deshonor. Ricardo,
este galardón aguardo,
y estoy tal, que...

RICARDO: Deteneos.
Si Aurora es del rey amada,
puesto que mi pecho sienta
menos la muerte, haced cuenta
que yo no os he dicho nada.

Vase RICARDO

DIÓN: ¡Ésta es fineza! ¡Esto es ser
vasallo noble y leal!
Nunca del cetro real
he cudiciado el poder
sino agora, porque hiciera
la demostración debida,
y la gloria merecida
por tal fineza le diera;
que es nobleza sin igual
y valor sin semejante
saber ser tan cuerdo amante
por ser vasallo leal.

Vaso DIÓN. Sale FILIPO

FILIPO: Ni en mí tengo ya poder,
ni me atrevo a declarar;
que declararme es mostrar
que al rey me atrevo a ofender;
y es al fin de Aurora tío,
y no es bien que me declare
mientras no me asegurare
de que estima el amor mío;
porque si no, mi deseo fuera
necio, si perdiera,
por la dicha que no espera,
la ventura que poseo;
y más debiendo temer
que Aurora, del pensamiento
combatida, habrá de intento
mudado ya; que es mujer,
y es amarle ya posible;
porque de un rey el amor
es fuerte conquistador
del pecho más invencible.
Segunda vez el ardiente
cuidado que al rey desvela
le diré, más por cautela
que por lealtad obediente,
para entender el estado
de su desdén o favor.
Ella sale. Dios de amor,
favorece mi cuidado.

Retírase. Salen AURORA y CAMILA

CAMILA: Oye un pensamiento mío.

AURORA: Dí.

CAMILA: ¿No debes recelar,
si llega a desconfiar
de tu amor el rey, tu tío,
que viendo su intento vano,
de parecer mudará,
y sin fruto no querrá,
ofender a Policiano?
Y en dejando de impedir
que te dé la mano, quedas
sin excusa con que puedas
a tu padre resistir.

AURORA: Claro está.

CAMILA: Pues si tu amor
no se inclina a Policiano,

muestra al rey el pecho humano,
y con fingido favor
 anima su pensamiento;
y pues así no lo alcanza,
conservando su esperanza,
conserva el impedimento.

AURORA: Consejo es bien advertido.

CAMILA: Sal, pues, que Filipo espera.

Vase CAMILA

AURORA: (¡Oh, si tan dichosa fuera, **Aparte**
que no me hubiera mentido
 el pensamiento primero!
¡Cuán gustosa le escuchara,
si amante me deseara,
y no me hablara tercero!)

Llégase FILIPO a AURORA

FILIPO: Aunque recelar debía,
bella Aurora, escarmentado
de vuestro rigor pasado,
que os enoje mi porfía,
 no os admiréis de que sea
importuno mensajero,
donde, pues os ve el tercero,
más que el amante granjea;
 si bien puedo colegir
mudanza en vuestra crueldad;
que es indicio de piedad
haberme querido oír.
 Segunda vez me ha mandado
el rey, señora, que os diga
del fuego que le fatiga
el solícito cuidado,
 y que le deis para hablaros
licencia; que no es menor
de enojaros el temor
que la gloria de miraros.
 Y que advirtáis que no hay cosa,
si no mudáis parecer,
imposible a su poder,
o a su amor dificultosa.
 Perdonadme, si os parece
que en decíroslo os ofendo;
que quien yerra obedeciendo,
errando no desmerece.

AURORA: Filipo, no sé qué os diga.

- FILIPO: Yo sí sé qué me digáis.
Que ya del rey, pues dudáis,
estáis menos enemiga.
No me diréis declarada
mas que me decís dudosa,
pues es respuesta piadosa
no responder enojada.
- AURORA: Ni es injuria ser querida,
ni permite la razón
no pagar la obligación,
si no amante, agradecida.
Ser amada es natural
lisonja, y nunca se ve
que a nadie, aunque mal le esté,
sepa la lisonja mal.
Y así, aunque al lance primero
respondí con pecho airado,
no os espante que haya obrado
el cuidado lisonjero
mudanza en mí, conociendo
que no es ofender amar,
y que no es justo pagar
a quien ama, aborreciendo.
- FILIPO: (¡Ay de mí! ¡Perdido soy! **Aparte**)
- AURORA: Mas, ¿por qué busco razones,
Filipo, y satisfacciones
tan dilatadas os doy,
y me disculpo al hacer
lo que venís a rogar?
Disculpas pide el negar,
no las pide el conceder.
Al rey le decid...
- FILIPO: (¡Ay, cielos!) **Aparte**
- AURORA: ...que le pago.
- FILIPO: ¿Qué decís?
- AURORA: Parece que lo sentís.
- FILIPO: (No saben callar los celos.) **Aparte**
No, señora. (¡Muerto soy!) **Aparte**
Antes el gusto de ver
el que el rey ha de tener
si tales nuevas le doy,
causa el efeto que veis.
- AURORA: (¿De gusto mudáis color? **Aparte**)
No. Yo os haré que al rigor
del tormento confeséis.)
Pues porque le deis cumplido
el contento, y le tengáis,
pues lo que el suyo estimáis
tanto habéis encarecido,
decidle, no solamente
que le estoy agradecida,

pero tan ciega y rendida
al amoroso accidente,
que esta noche ha de lograr
la licencia.

FILIPO: ¿Que decis?

AURORA: Parece que lo sentís.

FILIPO: (No puedo disimular. **Aparte**

Partiréme sin hablarla;
que tan en los labios siento
la furia de mi tormento,
que no podre refrenarla
si los abro, y aun sospecho,
según el mal me atormenta,
que por los ojos revienta
el incendio de mi pecho.)

Quiere írse FILIPO

AURORA: ¿Sin hablar os despedís?

¿Qué es esto? Volved, mirad,
Filipo, que no es verdad
lo que he dicho.

FILIPO: ¿Que decis?

AURORA: Que nada al rey le digáis
de lo que me habéis oído;
que fue fingido.

FILIPO: ¿Fingido?

AURORA: Parece que os alegráis.

FILIPO: Parece que no os ofende
el ver que me alegro yo.

AURORA: A ninguno le pesó
de alcanzar lo que pretende.

FILIPO: Pues, ¿que intento conseguistes,
bella Aurora, en este efeto?

AURORA: Ver declarado un secreto
que encubrirme pretendistes.

FILIPO: ¿Qué secreto os he negado,
cuando serviros me toca?

AURORA: El que, a pesar de la boca,
los ojos han confesado.

FILIPO: Pues, ¿qué vistes en mis ojos,
que a mis labios contradiga?

AURORA: Pena de que el rey consiga
remedio de sus enojos.

FILIPO: Pues, Aurora, con razón
puedo sentir, siendo así,
que valga menos aquí
la verdad que la ficción.

Porque si pudo contigo
más crédito conseguir

lo que te muestro al sentir,
que lo que al hablar te digo,
notorio agravio me has hecho
en responder falsamente
a lo que la boca miente,
y no a lo que siente el pecho.

AURORA: Luego es cierto lo que yo
de tu aspecto colegi.

FILIPO: ¿Quieres que diga que sí?

AURORA: ¿Y podrás decir que no?

FILIPO: Diré lo que tú gustares.

AURORA: ¿Es bien que yo, aunque te amara,
primero me declarara?

FILIPO: ¿Digo yo que te declares?

¿O pudo mi desvarío
prometerse por ventura
que ocultase tu hermosura
pensamiento en favor mío?

AURORA: ¿Tan poco fías de ti,
teniendo tanto valor?

FILIPO: Luego, ¿estimarás mi amor?

AURORA: ¿Quieres que diga que sí?

FILIPO: Si nadie te mereció,
¿quién será tan atrevido?

AURORA: Quien tan venturoso ha sido,
que se lo pregunto yo.

FILIPO: Según eso, Aurora, hablar
podemos claro los dos.
Yo te adoro.

AURORA: ¡Gloria a Dios,
que llegamos al lugar!

FILIPO: Desde el punto que te vi,
te sujeté el albedrío.
Este delito no es mío,
si es delito, tuyo sí;
que si con poder violento
me abrasó tu rostro hermoso,
el rendimiento forzoso
no fue libre atrevimiento.

Esto digo sólo, Aurora,
por disculpar el error
de haberte tenido amor,
sabiendo que el rey te adora;
que a no ser tal la ocasión,
en tus méritos se ve
que, como por fuerza amé,
amara por elección.

Mas no pienses que encubrí
hasta agora el amor mío
por temor del rey, tu tío;
por respeto tuyo sí;

que fuera, Aurora querida,
no tenerlo o no estimarlo,
si a precio de confesarlo,
no despreciara la vida.

Sólo temer tus enojos
mis labios tuvo oprimidos,
porque aun juzgaba atrevidos
los indicios de mis ojos.

Pero, como a tu grandeza
atreverme ofendería,
no mostrar que te quería
ofendiera tu belleza.

Y así de entrambos agravios
evite las ocasiones,
diciéndolo las acciones
y negándolo los labios;

que aunque decir mi tormento
es lisonja de tu gloria,
pues confieso la vitoria
que llevas del sufrimiento,

y es más fineza perderme,
publicando mi pesar,
que privarte con callar
de la gloria de vencerme,

refrene el atrevimiento,
viendo que no es recompensa
de tu más liviana ofensa
mi más grave rendimiento;

y callando mis cuidados,
por no ofenderte muriera,
si tu piedad no rompiera
al silencio los candados.

Ya los rompí, y tan dichoso
soy ya, que no me has oído
menos humana atrevido,
que me mirabas medroso.

Y así, Aurora, manda, ordena,
dispón de mí y de mi vida;
que en ventura tan crecida
que de seso me enajena,

ni discurre el pensamiento
más que para obedecerte,
ni más que para quererte
me ha quedado entendimiento.

AURORA: Filipo, tres voluntades
os pone amor que vencer;
que se precia de emprender
donde hay mas dificultades.

La de mi padre y la mía
y la del rey, todas tres
han de conformarse, o es

inútil vuestra porfía.

Dionisio me adora ciego,
y mi padre a Policiano
ha prometido mi mano;
yo, aunque en amoroso fuego
me abrase, sin su licencia
no me he de determinar;
mi padre no la ha de dar
si el rey hace resistencia.

Él, ya veis si la ha de hacer
pues sabéis su amor ardiente,
ved si tanto inconveniente
os atrevéis a vencer;
que de ellos dos granjeada
la voluntad, de la mía
no dudéis; que aunque debía
no responder declarada,
según la ley de mi estado,
fuera recato perdido,
tras lo que os he respondido
con haberos escuchado.

FILIPO: No hay cosa que yo no pueda,
pues tu favor merecí;
que de la Fortuna así
he puesto un clavo a la rueda.

AURORA: ¿Mi favor es tu fortuna?

FILIPO: Como es mi bien tu belleza.

AURORA: Si estriba en mí su firmeza,
no temas mudanza alguna
mientras no la merecieras.

FILIPO: Quien ama, no desobliga.
Pero, ¿que quieres que diga
al rey?

AURORA: Lo que tú quisieras.

FILIPO: ¿Y no lo que me ordenabas?

AURORA: Era engaño.

FELIPO: ¿Con que intento?

AURORA: Para ver si, del tormento
apretado, confesabas.

FILIPO: ¿Luego le aborreces?

AURORA: Sí.

FELIPO: ¿Y a Policiano?

AURORA: La mano
por mi padre a Policiano
contra mi gusto ofreci.

FELIPO: Luego, ¿solo soy dichoso?

AURORA: Solo alcanzas mi favor.

FELIPO: Pues perdone el rey; que Amor
es dios, y es más poderoso.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen el REY y FILIPO

REY: Ya me ha vencido el dolor.
Todo lo he de aventurar,
y la fuerza ha de alcanzar
lo que, no alcanza el amor.

FELIPO: (No lo sufrirán mis celos.) **Aparte**

REY: ¿Que dices?

FELIPO: Que su desdén
lo merece, pues a quien
con rayos de oro los cielos
coronaron la cabeza,
obliga cuando pretende;
y su gusto, cuando ofende,
honra la mayor belleza.
(Desmiente así su sospecha, **Aparte**
por hacer su intento vano,
sin que conozca la mano
de donde sale la flecha.)

REY: Pues muy presto pienso ver
sola a Aurora; que a Díón,
con la fingida ocasión
que te he dicho, quiero hacer
que a embarcarse parta luego;
que sintiéndome abrasar,
es fuerza pedir al mar
remedio de tanto fuego.

Sale POLICIANO

POLICIANO: (Hoy, bella Aurora querida, **Aparte**
me pierdo si no te gano;
que si no alcanzo tu mano,
¿para que quiero la vida?)

FELIPO: Policiano viene.

REY: A darme
quejas sin duda vendrá,

y ofendido me hallará
en lo que piensa culparme.

POLICIANO: Si los méritos, señor,
pueden dar atrevimiento,
si quejas el sentimiento
y cuidados el honor;
si cuando Aurora y Dión
su blanca mano me ofrece,
con impedirlo obscurece
vuestra alteza mi opinión,
no tendréis por desacato,
si quejoso me escucháis,
cuando indigno me juzgáis,
o yo os juzgo a vos ingrato.

REY: ¡Basta, basta, Policiano!

¿Callo yo, y quejáis vos?
¿Pretendéis pagar a dos
esposas con una mano?

POLICIANO: ¡Yo a dos esposas!

REY: ¡Callad!

Ni os disculpéis ni neguéis;
que otra vez me ofenderéis,
si me negáis la verdad.

Cuando vos con pecho ingrato
mi sangre habéis ofendido,
y cometéis atrevido
contra Aurora estelionato,
obligándole la fe,
por libre, que de otro dueño
conoce el forzoso empeño;
callando yo, que lo sé,
sólo el efeto os impido,
por huir la obligación
de hacer más demostración,
si me doy por entendido;
¿y mi silencio prudente
os da fuerza en la porfía,
y mi piedad osadía
para ser mas delincuente?

¿Sabéis que tiene a Diana
Ricardo, cuya lealtad,
opinión y calidad
tanto estimo, por hermana?

POLICIANO: Sí, señor.

REY: Pues, ¿por qué así,
contra la fe que debéis,
en Diana le ofendéis,
y en él me ofendéis a mi?

POLICIANO: Lícitas correspondencias
le debo sólo a su amor;

mas no excesos a su honor,
ni a su honestidad licencias.

REY: ¿No ofrecistes, Policiano,
ser su esposo?

POLICIANO: Aunque lo hubiera
prometido, señor, fuera
quererme obligar en vano,
no habiendo yo en confianza
de la promesa alcanzado
de ella más que haberle dado
palabras a mi esperanza.

Cuanto más que no la di,
de que es notorio argumento
saber que el último intento
del amor no conseguí;
porque, ¿cuál otra ocasión
me pudiera a mí obligar
a darla, sino lograr
en fe de ella mi afición?

REY: Bien decís; mas de vos quiero
saber sola una verdad.

¿Adorastes la beldad
vos de Dïana primero,
procurando, enamorado,
obligarla y merecella,
o con sus favores ella
despertó vuestro cuidado?

POLICIANO: Yo primero su favor
pretendí, y en muchos días
no alcanzaron mis porfías
correspondencia en su amor.

REY: Basta. Con eso habéis dado
vos contra vos la sentencia;
que si su correspondencia
pretendió vuestro cuidado,
¿por que la pagáis tan mal
después que la conseguistes?
¿con qué fin pretendistes
mujer que es tan principal?

¿No es bastante, para haberos,
siendo quien es, obligado,
haberla vos empeñado,
con pretenderla, en quererros?

Si en fe de vuestra nobleza,
obligación y valor,
dio crédito a vuestro amor
y pagó vuestra fineza,

¿por qué la desestimáis?
¿por qué lo que es razón
premiar como obligación,
como agravio castigáis?

¿Qué hiciérades ofendido
de despreciado? ¿Podéis
hacer más de lo que hacéis
obligado de querido?

Decís que cuando la mano
le prometíades dar,
no llegándola a alcanzar
en fe de ello, fuera en vano.

Pésame de que en vos quepa
tan indigno pensamiento,
y quien es por nacimiento
tan noble y cortés no sepa
que en tocando en la opinión
de damas tan principales,
aun los intentos mentales
inducen obligación;

cuanto más habiendo sido
públicos vuestros amores,
y públicos los favores
que de ella habéis recibido;
pues en quien sois confiada
con razón, se declaró
quien recelar no debió
verse de vos engañada.

¿No es cierto que su opinión
en opiniones pusiera
si vuestra esposa no fuera,
pues el pueblo con razón
juzgara, puesto que vio
que ella os quiso y la quisistes,
que algún defeto supistes,
por donde no os mereció?

Mas yo quiero de Diana
olvidar la causa agora.

¿No es mi propia sangre Aurora?
Su madre, ¿no fue mi hermana?

Pues cuando a su casamiento
el pueblo con justa ley
por sobrina de su rey
debe universal contento,

¿será razón que su pecho
fastidien y sus orejas,
en el tálamo con quejas,
y con celos en el lecho?

Pudiendo escoger esposo
mi sobrina, Policiano,
¿queréis vos que dé la mano
a un marido litigioso?

Estando mi reino lleno
de hombres buenos, ¿será bien
que elija por dueño a quien

padece achaques de ajeno?
Dejad tan vana porfía,
y acudid, como es razón,
vos a vuestra obligación;
que yo acudiré a la mía.

POLICIANO: Señor...

REY: ¡Idos! Que irritáis,
con replicar, mis enojos,
y no volváis a mis ojos
sin que a Dïana le hayáis
cumplido esta obligación;
pues yo, con haberme dado
por entendido, he tomado
por mi cuenta su opinión.

POLICIANO: (¿Rómpenme el pecho, y los labios **Aparte**
me cierran? Pues no seré
yo quien soy, o tomaré
venganza de estos agravios.

Vase POLICIANO

FILIPO: (Ya de este competidor **Aparte**
me he librado.)

REY: ¿Qué os parece?

FILIPO: Que Policiano padece
con razón vuestro rigor.
Mas aquí viene Dión.

Sale DIÓN

DIÓN: Dadme a besar vuestra mano.

REY: Levantad, pariente, hermano.
No ofendáis mi estimación.

DIÓN: Señor, en conformidad
de aquel orden que sabéis,
en este papel veréis

Dale un papel

lo que he entendido.

REY: Mostrad.

DIÓN: No me queda diligencia
por hacer.

REY: De vos lo fío.

DIÓN: Y pues con el cargo mío
he cumplido, la licencia
que para casar a Aurora
os pedí, de vos espero.

REY: (Desmentir sospechas quiero.) **Aparte**

Ya es fuerza, Dión, que agora
os declare la ocasión
de impedir que Policiano
dé a mi sobrina la mano.
Hasta aquí fue mi intención
callároslo, porque el darme
y el daros por entendido
de que a los dos ha ofendido,
fuera, pariente, obligarme
al castigo riguroso
de quien pretendo obligar,
cuando me importa ganar
voluntades, y piadoso
quiero el nombre de tirano
borrar, que el reino me da.
Y a vos, Dión, porque ya
el tiempo en que os veis, anciano,
pide esfuerzos a la vida,
y aumentárosla es más justo
fisonjeada en el gusto,
que en la opinión ofendida,
esta ocasión de enojaros
excusaros pretendí;
pero ya, porque de mí
no os quejéis, habré de daros
cuenta de ella. Policiano
tiene ofrecida a Dïana,
del noble Ricardo hermana,
la fe de darle la mano.

DIÓN: ¿Que decís?

REY: Mirad si ha sido
con empeño tan forzoso,
cuanto con ella engañoso,
con nosotros atrevido.

DIÓN: De cólera tiemblo y ardo,
y tanto más me lastimo
por ella, cuanto la estimo
por hermana de Ricardo,
cuyos méritos podréis
colegir de esos renglones,
pues a las obligaciones
antiguas que le tenéis,
una fineza ha añadido,
con que os obliga a que agora,
tanto como por Aurora,
estéis por él ofendido.

FILIPO: (Ya del todo mis recelos **Aparte**
no temen a Policiano.
¡Así del Amor tirano
del rey me libren los cielos!)

REY: Esto supuesto, Díón,
 lo que os pido solamente
 es que, pues sois tan prudente,
 no os obligue esta ocasión
 a que al disgusto y pesar
 abráis las puertas del pecho;
 y estad de mi satisfecho,
 que cuidaré de buscar
 esposo a Aurora.

DIÓN: Señor,
 sobrina es vuestra.

REY: Conmigo,
 ser hija de tal amigo
 es la importancia mayor.
 Y agora sabed que el mar
 merece ya que mi esposa,
 segunda Venus hermosa,
 se dignase de surcar
 sus campos para traer
 a Sicilia al dios de amor.

DIÓN: Con tales nuevas, señor,
 ¿qué pesar me puede hacer
 la Fortuna? Si yo os veo
 en tan venturoso estado,
 no le queda a mi cuidado
 por cumplir otro deseo.

REY: Vos, pues que tanto estimáis
 mis dichas, quiero, Díón,
 que en hacer demostración
 de ello el primero seáis.

DIÓN: La dilación en mandar
 tiene ya mi fe quejosa.

REY: A recibir a mi esposa
 habéis de salir al mar.

DIÓN: Pensad que en él se desata
 mi nave ya de la orilla,
 y con la nevada quilla
 hiende las ondas de plata.

REY: ¿Cuándo partiréis?

DIÓN: Al alba
 no hará el canto lisonjero
 de los pájaros, primero
 que yo a Neptuno, la salva.

Vase DIÓN

REY: Bien mi intento se dispone.
FILIPO: Bien engañado le envías.
REY: Tengan fin las ansias mías,
 y la obligación perdone.

Sale TURPÍN

TURPÍN: De tu parte me han llamado,
y he venido, aunque dudé
si era como; si lo fue,
con volverme está acabado.

REY: Yo te he mandado llamar.

TURPÍN: Agora, señor, los pies,
no digo que me los des,
que ni me los has de dar,
ni a moverlos es razón
que pretenda yo obligarte,
para hacer yo de mi parte
lo que tengo obligación,
sino sólo que permitas
que ponga en ellos mi boca.

REY: Levanta.

TURPÍN: Lo que me toca,
y se usa en las visitas
de los reyes, he hecho ya;
agora te toca a ti
decirme a qué vengo aquí,
porque en el pecho me da
mil vuelcos el corazón
desde que oí tu recado,
y quisiera mi cuidado
salir de esta confusión;
que aunque puedo yo haber sido
rey también, al fin agora
me tiene la ciega autora
de las dichas abatido
a tan miserable estado,
que la gran desigualdad
que hay de mí a tu majestad,
me tiene, señor, turbado.

REY: ¿Tú puedes también, Turpín,
haber sido rey?

TURPÍN: ¿Pues no?

REY: ¿Satirízasme?

TURPÍN: Si yo
fuera tan necio, ¿qué fin
mereciera de tu agravio?
En otra razón fundé
lo que dije; que pensé
que un filósofo tan sabio
como tú no la ignorara;
y más viendo que Platón
con una y otra lición
te ha dado opinión tan clara.

REY: De ti la quiero aprender.
TURPÍN: ¿Qué me has de dar si te venzo?
REY: Esta cadena.

Enséñale una cadena

TURPÍN: Comienzo
a argüir. ¿No pudo ser
que un rey muriese en la guerra,
y que su cuerpo perdido
fuese en tierra convertido
en el campo; y que esta tierra,
del sol y el agua dispuesta,
en yerba se convirtiese,
y que un carnero paciese
esta yerba, y que, digesta
con el calor, el carnero
en carne la convirtiera,
y que esta carne vendiera
a mi padre el carnicero,
y la comiese mi padre
y en sustancia la volviese,
y que esta sustancia fuese
la que me engendró en mi madre?
Pues ves aquí cómo yo,
sin que a ti te haya ofendido,
aquel rey puedo haber sido
que en la batalla murió.

REY: Vencísteme: la cadena
es tuya.

Dásela

TURPÍN: Vivas dichoso
más que un vecino enfadoso,
que un deseo, que una pena,
y más que una imposición;
más que un ministro cansado,
de quien tiene un desdichado
la futura sucesión.

REY: Vamos al caso, Turpín.
¿De la casa de Dión
eres portero?

TURPÍN: Rincón
no hay desde el principio al fin,
menos el cuarto de Aurora,
que no esté por cuenta mía
cerrarle al ponerse el día,
y abrirle al nacer la aurora.

REY: Una cosa que prometo
remunerarte has de hacer,
advirtiéndote que en tener
fidelidad y secreto
te va la vida.

TURPÍN: Tendré
en muda prisión los labios,
aunque siente como agravios
tus amenazas mi fe.

REY: Pues en partiendo Dión
al puerto, me vuelve a ver.
Diréte lo que has de hacer.

FILIPO: (No lograrás tu intención.) **Aparte**

TURPÍN: Yo lo haré; y traeré, si quieres,
dos argumentillos más.

REY: Y dos cadenas tendrás,
si en ellos me concluyeres.

Vanse todos. Salen AURORA y DIÓN

AURORA: Señor, ¿os partís?

DIÓN: Forzosa
causa me obliga a ausentar;
que el Rey me manda que al mar
salga a recibir su esposa,
y de plazo tengo sólo
las horas para partir
que ha de tardar en suplir
Diana la luz de Apolo.

AURORA: El rey, ya que no miró,
para que no os lo encargara,
vuestrós años, ¿no mirara
lo que he de sentirlo yo,
pues con vuestra ausencia
quedo sola y triste, padre mío?

DIÓN: Donde queda el rey tu tío
hacerte falta no puedo.

AURORA: (¡Bien lo entendéis! Si no hubiera **Aparte**
de causar tan graves daños,
sus intentos, sus engaños
y traiciones os dijera.)

DIÓN: Mas porque en la ausencia mía
sientas pena más liviana,
vendrá tu amiga Diana
a estarse en tu compañía;
que ya tengo la licencia
de Ricardo.

AURORA: Venturosa
fuera yo, si hubiera cosa
que me alivie en vuestra ausencia.

DIÓN: Breve ha de ser. Un aviso
quiero darte, que es forzoso.
Ya no puede ser tu esposo
Policiano; y el permiso,
que le daba esa esperanza,
de visitarte, ha cesado.

AURORA: (¡Qué buenas nuevas me has dado!) **Aparte**
¿De qué nace esa mudanza?

DIÓN: De que ha dado él engañoso
a otra principal señora,
segun he sabido agora
del rey, palabra de esposo.
Y de esto nació el negar
la licencia que pedí,
y me lo ocultó hasta aquí,
por no darme este pesar.

AURORA: ¡Oh, alevoso, fementido!
La cera ha vuelto en diamante;
que quien es tan mal amante,
¿cómo será buen marido?

Sale un CRIADO

CRIADO: Filipo te quiere hablar.

DIÓN: Entre Filipo; tu, Aurora,
retírate.

AURORA: (Él viene agora,
según pienso, a declarar
su amor; y mi padre es llano
que ha de estimarle el intento,
puesto que el impedimento
cesó ya de Policiano.
Solamente por vencer
nos queda ya el Rey, mi tío,
y de su esposa confío,
pues llega ya, que ha de ser
sol claro en la confusion
de la noche en que me veo.
Amor, pues das el deseo,
ayuda a la ejecución.)

Vase AURORA. Sale FILIPO

DIÓN: ¡Vos para entrar en mi casa
pedís licencia, Filipo!

FILIPO: No os espante que cobarde
venga quien viene a pedirlos;
si bien el venir a haceros,
Díón, el mayor servicio

- que humana amistad alcanza,
pudiera hacerme atrevido.
- DIÓN: Tanto de mí confiad
cuanto yo de vos confío,
y empezad con declararme
en qué puedo yo serviros.
- FILIPO: ¿Estamos solos?
- DIÓN: Sí estamos.
- FILIPO: Decidme, Dión amigo,
¿qué merecerá con vos
quien redima del peligro
de una afrenta vuestro honor
y el de Aurora?
- DIÓN: Que los mismos
que redime, se confiesen
esclavos de su albedrío.
- FILIPO: Pues supuesto que no puede
ya Policiano impedirlo,
prometed, no que por dueño
me tendréis, sino por hijo,
dándome a la bella Aurora;
y en cambio de ello me obligo
a haceros tal amistad,
con daros aquí un aviso,
que confeséis que el honor
vuestro y de Aurora redimo.
- DIÓN: Para que os la ofrezca yo,
¿es menester más designio
que darle esposo que tanto
por sus méritos estimo?
Ya sin esa condición
os la prometo, Filipo.
Libre estáis si no queréis
cumplirla.
- FILIPO: No; que ya es mío
con eso el honor de entrambos,
y hago mi negocio mismo.
Sabed que el rey al amor
de Aurora vive rendido.
Ciego está, loco la adora,
y todo cuanto os ha dicho
ha sido por dar color
de cautela al desatino,
por si acaso la verdad
supiésetes...
- DIÓN: ¿Qué Filipo?
- FILIPO: ¿Qué decís?
- FILIPO: Verdad, es ésta;
y haber mandado partiros,
no es porque rompe la reina
del mar los azules vidrios;

nuevas son que finge sólo
por ausentaros Dionisio,
para dar ejecución
violenta a su amor lascivo,
porque honesta le resiste
Aurora, sin que impedirlo
pueda de vuestra presencia
la autoridad, prevenido
tiene a Turpín, y obligado
con dádivas, que del hilo
con que discurrió Teseo
el confuso laberinto,
a media noche ha de hacer
en vuestra casa el oficio.

DIÓN: ¡Válgame el cielo!

FILIPO: Mirad
si mi palabra he cumplido,
y si a vos y a Aurora he dado
el honor en este aviso.

DIÓN: ¡Ah, inhumano! ¿Así tu sangre
ofendes? ¿Más enemigo
te muestras de quien debieras
estar más agradecido?
La corona de Sicilia
te di; ¿y en agravio mío
ejecutas el poder
que me debes a mi mismo?
No lo sufrirán los cielos.
Yo os agradezco, Filipo,
cuanto debo y cuanto puedo
tan colmado beneficio.
De vuestra parte cumplistes
con enseñarme el peligro.
Idos con Dios, y dejad
el remedio a cargo mío.

FILIPO: Para todo me hallaréis
interesado por hijo,
y por amigo obligado.

DIÓN: De vuestro valor confío.

Vanse todos. Salen RICARDO, DIANA y ELISA

RICARDO: Porque la melancolía
de Aurora, en la soledad
de su padre, tu amistad
alivie en su compañía,
Dión me ha obligado, hermana,
a prometérselo. Avisa
los gentilhombres, Elisa;
que sale fuera Diana.

ELISA: Voy a servirte.

Vase ELISA

DIANA: Afición
nos tiene a entrambos, y es justo
hacer a Aurora ese gusto,
y esa lisonja a Dión.

RICARDO: Agora, que hemos quedado
solos, Diana, me di
una verdad; que de ti
tantas querellas me ha dado
Policiano, que presumo,
viéndole furioso y ciego,
que ha sido muy grande el fuego
que ha levantado tal humo.

Dice que con engañoso
labio al rey has informado
de que él, Diana, te ha dado
la fe y palabra de esposo.

Dime, dime qué hay en esto;
que estoy loco.

DIANA: Tente, hermano!
Verdad dice Policiano;
mas, ¿cómo olvidas tan presto
que fuiste tú la ocasión?

RICARDO: ¿Yo, Diana?

DIANA: Enamorado
de Aurora y desesperado,
¿no me diste comisión
de ejecutar cualquier medio
que para alcanzar su mano
fuese estorbo a Policiano,
y a tu esperanza remedio?

RICARDO: Es verdad.

DIANA: Pues yo por eso
el efeto le he impedido,
como él dice. Luego has sido
tú la ocasión de este exceso.

RICARDO: No, Diana; que él a mí,
aunque la palabra no,
el amor me confesó,
y que mereció de ti
favores. Luego no ha sido
fingido por mi cuidado
lo que al rey has informado.

DIANA: ¿Digo yo que fue fingido?

RICARDO: Pues, ¿qué dices?

DIANA: Que al exceso

de hablar al rey me atreví,
por darte remedio así;
que si no fuera por eso,
aunque esta ofensa me ha hecho
Policiano, siempre el labio
reprimiera, y a mi agravio
diera sepulcro en el pecho.

RICARDO: ¿Que es verdad que se obligó
a ser tu esposo?

DIANA: Es verdad.

RICARDO: Y di, de tu honestidad
en fe de eso, ¿mereció
alguna prenda, Diana?

DIANA: Ninguna.

RICARDO: Verdad me di.

DIANA: Ya la he dicho.

RICARDO: (Mas ya aqui **Aparte**
la averiguación es vana,
pues haberle prometido
darle la mano bastó
para que le obligue yo.

Sale ELISA

ELISA: Todo está ya prevenido
si quieres salir, señora.

Vase ELISA

RICARDO: Vete, hermana.

DIANA: ¿No me ordenas
lo que acerca de tus penas
tengo de decir a Aurora?

RICARDO: Ni de esto que entre los dos
habemos tratado aquí
le has de tratar, ni de mí,
que será ofenderme.

DIANA: Adiós

Vase DIANA

RICARDO: ¡Que Diana me haya puesto
en lance tan apretado!
Que, ¿quien duda que ha gozado
algún favor deshonesto
quien la palabra le dio?
Claro está. Fuerza es que entienda
que quien le empeñó tal prenda,

mucho a deber le quedó.
¿No lo dice su mudanza?
¿Qué causa pudo tener
de olvidarla, sino haber
cumplido ya su esperanza?
¿Qué importa que ella lo niegue?
¿Qué importa que yo lo crea,
y qué importa que no sea,
si para que el mundo llegue
a sentir mal de su honor,
basta saber que le ha dado
la palabra, y que ha trocado
el suyo por otro amor?
Cuando no lo hayan sabido
otros, ¿no lo sabe ya
el rey? ¿No presumirá
lo mismo que he presumido?
¿Quién lo duda? Pues, ¿qué espero?
Para la resolución
consultar quiero a Dión,
que es mi amigo verdadero;
y su prudencia y valor,
pues fue también engañado,
dará, como interesado,
el consejo y el favor.

Sale DIÓN

DIÓN: Ricardo...
RICARDO: Noble Dión,
en este punto partía
a buscaros.
DIÓN: Dicha es mía
preveniros la intención.
¿Hay en qué de mí os serváis?
RICARDO: Lo que he de tratar con vos,
toca, Dión, a los dos.
DIÓN: Decid, pues; ¿en que dudáis?
RICARDO: Policiano, falso amante
de mi hermana, ser su esposo
le prometió, y engañoso...
DIÓN: No paséis más adelante.
Ya os entiendo, y ya sabía
el caso.
RICARDO: ¿De quién?
DIÓN: Del rey,
y sé, Ricardo, la ley
de vuestra amistad y mía.
A las once en punto iréis
esta noche, y por la puerta

del jardín mio, que abierta
para el efeto hallaréis,
os entrad en él; y allí
sabréis un caso, Ricardo,
con que dar venganza aguardo
a Diana, a vos y a mí.

RICARDO: Pues, ¿no os partís a embarcar?

DIÓN: De aquí a un hora.

RICARDO: ¿Que decís?

¿Cómo quedáis y os partís?

DIÓN: No me habéis de examinar,
si es que de mí os confiáis.

RICARDO: Nada reserva la fe
que os tengo. Digo que iré
al jardín, como mandáis.

DIÓN: (Con esto ya por hablar **Aparte**
en la corte no me queda
poderoso de quien pueda
mi pensamiento fiar.)

RICARDO: ¿Queda alguna prevención
por hacerme?

DIÓN: Que el secreto
importa.

RICARDO: Yo os lo prometo.

DIÓN: Con eso la estimación
veréis que tengo de vos
esta noche.

RICARDO: Y vos veréis
que en mí un amigo tenéis
siempre firme.

DIÓN: Adiós.

RICARDO: Adiós.

Vanse los dos. Sale POLICIANO, de noche

POLICIANO: Esta noche ha prometido
dar fin a la suspensión
de mi esperanza Dión,
y sin duda no ha sabido
el estorbo que a mi intento
Diana pretende hacer.
¡Oh, si llegase a tener,
antes que el impedimento
supiese, dichoso efeto
mi pretensión! Dios de amor,
si merezco tu favor,
sacrificios te prometo,
que tanta pompa a las claras
glorias de tu nombre aumenten,
que las víctimas afrenten
que en Chipre adornan tus aras.
Alguna hazaña previene

de mucho peso Dión,
según la ponderación
con que me habló. Gente viene.

Salen el REY y FILIPO, de noche, por otra parte

REY: Facilitólo Turpín
de suerte, que por logrado
celebro ya mi cuidado.

POLICIANO: (A la puerta del jardín **Aparte**
quiero llegar; que ya es hora.
Más holocaustos que al día
te daré, noche sombría,
si tú a mí me das a Aurora.

Vase POLICIANO

FILIPO: No dudo, pues te promete
Turpín que todas las puertas
de Aurora tendrás abiertas
hasta su mismo retrete,
que lograrás tu esperanza.
(Los cielos lo harán mejor.)

Aparte

REY: De tan injusto rigor
justa será la venganza.
Lleguemos; que ya estará
Turpín aguardando. Haré
la seña.

Hace una seña. Sale TURPÍN

TURPÍN: (Esta seña fue **Aparte**
la que al Rey le di.) ¿Quién va?

REY: ¿Es Turpín?

TURPÍN: ¿Es el rey?

REY: Sí.

TURPÍN: La gente toda Morfeo
baña en ondas del Leteo.
Venid asidos de mí
por este espacio sombrío,
hasta la luz que buscáis,
y al instante que veáis
que con un engaño mío
abren una puerta, entrad;
que es la del cuarto de Aurora.

*Vanse todos. Sale por otra parte el REY, FILIPO, y
TURPÍN*

REY: ¿Estará acostada?
TURPÍN: Agora
se recogieron. Parad;
que ésta es la puerta.

Toca a una puerta. Asómase CAMILA

CAMILA: ¿Quién es?
TURPÍN: Turpín. Camila, abre y di
a Diana que está aquí
su hermano.

Vase CAMILA

REY: Ya abrió.

Éntrase el REY

FILIPO: Los pies
muevo sin alma.

Éntrase FILIPO

TURPÍN: Esto es hecho.
Colóse su majestad
mas desde esta oscuridad
veré si es la que sospecho

la diligencia que el rey
viene a hacer.

*Salen DIÓN, RICARDO, POLICIANO, y otros
caballeros*

DIÓN: Ya por los pasos
que sentí, y porque han abierto
también la puerta del cuarto
de Aurora, sin duda alguna
los traidores han entrado.

TURPÍN: (¡Válgame Dios! Pasos siento **Aparte**
y en baja voz con recato
hablan aquí. ¿Quién será?)

DIÓN: Para averiguar el caso

apliquemos los oídos,
porque mejor informados
de su injuria y mi razón,
el castigo resolvamos.

AURORA: No os canséis, porque primero **Dentro**
me dejaré hacer pedazos,
que ofensa a mí honor.

DIÓN: ¿Oís?

TURPÍN: (¿Que es esto, Dios?) **Aparte**

POLICIANO: ¿Qué aguardamos?
Mil muertes merece quien
se atreve a haceros agravio.

DIÓN: De ayudarme a su castigo
me distes todos las manos,
sea quien fuere el agresor.

POLICIANO: ¿Eso dudáis?

RICARDO: (Recelando **Aparte**
estoy que es el rey, que ciego
mira de Aurora los rayos.)

POLICIANO: Mejor que vengar la afrenta
será prevenir el daño,
y ya merecio el castigo
con intentar el agravio.

TURPÍN: (¿Qué escucho?) **Aparte**

DIÓN: ¡Entremos!

*Sale AURORA, con una espada; el REY, retirándose; FILIPO, DIANA,
CRIADOS, con luces. Todos desenvainan*

AURORA: La vida
--¡vive el cielo!--he de quitaros.

DIÓN: Para vengar mis afrentas
no son menester tus manos.

Pónese AURORA al lado del REY

AURORA: ¡Tened, que es el rey mi tío!
¡No le matéis!

REY: (¡Cielo santo! **Aparte**
¡Perdido soy!)

DIANA: (Qué desdicha!) **Aparte**

REY: ¿Contra el rey habéis sacado
los aceros, desleales?

RICARDO: No lo digáis por Ricardo,

Pónese al lado del REY

que ignorante le sacó,

y morirá a vuestro lado.
TURPÍN: (La diligencia que el rey **Aparte**
quiso hacer, ha sido el diablo.)
FILIPO: (Por ninguno he de mostrarme, **Aparte**
hasta ver el fin del caso.)
POLICIANO: Quien a Dión se atrevió,
¿ha de vivir? ¿Qué aguardamos?
¡Muera!
DIÓN: ¡Muera!
AURORA: ¡Deteneos,
si estimáis mi vida en algo!
DIÓN: Pues, ¿tú defiendes, Aurora,
a quien intentó mi agravio?
AURORA: ¡Es rey nuestro y nuestra sangre,
y de mi amor obligado
cometió el error que veis!
POLICIANO: ¡Es tirano!
DIÓN: ¡Y es ingrato,
pues usa en afrenta mía
del poder que yo le he dado!
AURORA: Si el cetro le distes vos,
vos en cuanto a ser tirano
del reino, le disculpáis,
pues sois en eso el culpado.
Y si ingrato os ha ofendido,
el castigo que al ingrato
dé la ley, ejecutad.
Rey le hicistes; despojadlo
del cetro, pues que tenéis
los grandes de vuestra mano.
Pierda el beneficio quien
usa de él para agraviaros;
no reine quien reina mal;
no pueda quien ha mostrado
que con amor y poder
hará mañana otro tanto;
pero llegarle a quitar
la vida a quien es hermano
de mi madre y vuestra esposa,
al que erró de enamorado,
y en efeto a quien es rey,
nombre que le da tan alto
privilegio, que aun los ojos
del que esta más agraviado
le han de mirar con respeto,
con decoro han de estimarlo,
lo han de adorar por divino
y venerar por sagrado,
fuera querer vos ganar
el nombre que de tirano
culpáis en él; fuera haceros

malquisto, fuera mostraros
crüel, y fuera, en efeto,
ensangrentando las manos
en vuestro rey con la infamia
de traidor el lustre claro,
manchar de leal, que os dieron
tantos blasones pasados.
Si vuestro agravio intentó,
no ejecutó vuestro agravio;
antes deudor le quedáis,
pues esta ocasión ha dado
a los aumentos de fama
que en la resistencia gano;
y ni es razón ni equidad
ni justicia condenarlo
por no consumado error
a castigo consumado.

DIÓN: Basta, Aurora; tu piedad
tanto estimo cuanto alabo
tu lealtad y tu prudencia.
Lleve la pena de ingrato,
Dionisio; de la corona
pierda los hermosos rayos,
deponga el cetro real,
renuncie el reino, si acaso
no quiere más morir rey
que tener vida privado.

REY: Un medio solo escuchad.
A Aurora daré la mano.

FILIPO: (¡Bien lograra mis intentos!) **Aparte**

POLICIANO: No hay medio sino quitaros
o la corona o la vida.

DIÓN: Si no queréis obligarnos
a revocar la piedad
que la vida os ha dejado,
estimad lo que os ofrece.

FILIPO: ¿Qué dudas en acatarlo?

RICARDO: De todas las esperanzas
es morir último plazo.
Viviendo se alcanzan reinos,
pero no vidas reinando.
Guarda la tuya, señor,
pues esto ordenan los hados.

REY: (¡Ah, cielos! ¡Que una pasion
traiga a un rey a tal estado!
Paguemos, pues, el delito
y a la suerte obedezcamos,
satisfaciendo a Dión
con beneficio el agravio,
y haciendo virtud lo que es
forzoso para obligarlo.) **Aparte**

Nobles de Sicilia, puesto
que la ley al que es ingrato
condena a que restituya
el beneficio a las manos
que liberales lo hicieron,
y de ella observantes tanto
guardarla en todo queréis,
yo en todo también la guardo;
y así a Dión restituyo
la corona que él me ha dado,
y el cetro renuncio en él;
y con que queráis jurarlo
por rey, de fidelidad
el juramento os relajo
que me hicistes.

POLICIANO: ¿Quién mejor
merece nombre tan alto?
FILIPO: ¡Reine Dión!
TODOS: ¡Dión viva,
rey del suelo siciliano!
REY: Pues yo en su mano el primero

Bésale la mano, y todos

humilde pongo los labios.
FILIPO: Todos hacemos lo mismo,
y como a rey le juramos
fidelidad y obediencia.
DIÓN: Yo lo aceto, y a mis años
eternidades deseo
para que pueda pagaros
tantos excesos de amor.
RICARDO: (Yo, ¡triste! ¿Qué fin aguardo,
si en defensa de Dionisio
animoso movi el brazo
contra Dión?
FILIPO: (Ya mis dichas **Aparte**
han confirmado los hados.
REY: Ya sois de Sicilia rey.
DIÓN: Pues vos de ella desterrado
salid al punto, Dionisio.
REY: Señor...
DIÓN: Si partís callando,
mereceréis mi piedad.
REY: Pues callo, obedezco y parto,
ya que dan en mí los cielos
escarmiento a los ingratos.

Vase el REY

DIÓN: Filipo, ¿no le seguís?

FILIPO: ¿Qué aguardáis? La mano aguardo

 que prometido me habéis
 de Aurora...

POLICIANO: (¡Ay, cielos!) **Aparte**

FILIPO: ...en cambio
 del aviso que os di.

DIÓN: En eso,
 Filipo, está vuestro daño;
 que ese aviso fue delito,
 pues me le distes violando
 de vuestro rey el secreto
 como alevoso vasallo.
 Y estribar en la palabra
 que entonces os di, es engaño;
 que entonces era Dión,
 y agora rey; y es en vano
 pretender que cumpla el rey
 lo que prometió el vasallo;
 antes como a rey me toca,
 pues ya lo soy, castigaros
 la amistad que allí me hicistes,
 quebrantando el fuero santo
 de lealtad. Idos al punto,
 sin replicar, desterrado...

AURORA: (¡Ay de mí!) **Aparte**

DIÓN: ...que fuera necio,
 si a quien conozco por falso
 y aleve, siendo yo rey,
 tener quisiera a mi lado.

FILIPO: ¡Ah, cielos! ¿Que pierdo a Aurora?
 Señor...

DIÓN: Partid. Contentaos
 con que os negocia la vida
 haber por amor errado;
 que olvidaré la piedad
 si otra vez movéis los labios.

FILIPO: A padecer justa pena
 de haberos servido parto.
 Será el primer beneficio
 que se ha visto castigado.

Vase FILIPO

AURORA: (Muera el mal en mi silencio, **Aparte**
 pues no puede remediarlo.

POLICIANO: ¡Gracias al cielo, Dión,
 que llegó ya Policiano

al puerto de su esperanza.
DIÓN: Aguardad. Llegad, Ricardo.
RICARDO: (Temiendo estoy su rigor. **Aparte**
DIÓN: Sólo merece la mano
 de Aurora vuestra lealtad.
RICARDO: ¿Qué decís?
POLICIANO: ¡Oh, cielo santo!
DIÓN: Tenga un rey por hijo a quien
 sabe ser tan buen vasallo.
 Ricardo es tu esposo, Aurora.
AURORA: (Al fin es menos el daño.) **Aparte**
 Yo soy vuestra.
RICARDO: Yo dichoso.
POLICIANO: Y yo solo desdichado.
 ¿Así me cumplís?
DIÓN: Callad,
 y agradeced que el engaño
 no os castigo, de querer
 ser su esposo, habiendo dado
 a Diana la palabra.
 Cumplidla luego, o su agravio
 satisfará vuestra vida.
POLICIANO: (Si a Aurora perdí, ¿que aguardo **Aparte**
 siendo fuerza obedecer?)
 Ésta, Diana, es mi mano.
DIANA: Bien sabéis que os la merezco.
DIÓN: Turpín...
TURPÍN: Señor... (Mi recado **Aparte**
 llevo yo ahora.) Perdona,
 gran señor.
DIÓN: Merced te hago
 del oficio que tenías
 en mi cámara; que tanto
 quien a su rey obedece,
 aunque fuese por mi daño,
 ha merecido conmigo.
TURPÍN: Vivas tú hacia atrás los años,
 porque el tiempo te restaure
 lo que él mismo te ha quitado.
 Y a la amistad castigada
 demos fin con suplicaros,
 señores, que estos servicios
 no castiguéis como agravios.

Fin de la comedia

Libros Tauro
<http://www.LibrosTauro.com.ar>